

tores como el maestro Eckhart, Taule-ro, Susón y Ruysbroeck; la amplia difusión de la «devotio moderna» desde los Países Bajos; y la sensata reforma eclesiástica que se realiza en España durante el siglo XIV.

El capítulo octavo, dedicado a la descripción del Cisma de 1378, abre la segunda parte. En ella se detallan las cuestiones doctrinales en juego; en particular, las que se refieren a la disciplina eclesiástica (puesta en cuestión por Juan de Hus y las tendencias conciliaristas) y a las doctrinas soteriológicas. Y describe las riquezas del amplio movimiento espiritual que supone el Humanismo (término que, con toda razón, prefiere el Autor al de Renacimiento), con su entraña profundamente cristiana y religiosa, sus ideales pedagógicos y su amplia concepción del mundo. Se destaca muy acertadamente el redescubrimiento del valor de las virtudes humanas, que da lugar a una profunda visión del papel del hombre en el mundo y en la sociedad; aspecto que es uno de los más luminosos de la tradición cultural del occidente cristiano. Como ejemplos vivos de este modo de ser y pensar, son escogidos Nicolás de Cusa, Erasmo y Tomás Moro a los que se dedica un capítulo. Y el libro concluye con unas breves consideraciones sobre el Concilio de Trento donde, al mismo tiempo que la Iglesia toma posiciones ante las desviaciones doctrinales protestantes, se confirman y canalizan los legítimos empeños de renovación, en curso desde hace siglos.

El libro se leerá con gusto y por sus características resulta un instrumento pedagógico muy útil, especialmente en los cursos institucionales de los estudios teológicos.

J. L. Lorda

Walter BRANDMÜLLER, *Galileo y la Iglesia*, Eds. Rialp («Libro de bolsillo Rialp», 116), Madrid 1987, 194 pp., 12 x 19.

Este estudio sobre el «caso Galileo» es un modelo de cómo el historiador —el Prof. Brandmüller es Ordinario de *Kirchengeschichte* en la Universidad de Augsburg—, tras haber hecho una pormenorizada investigación de las fuentes documentales, está en condiciones de echar por tierra no sólo los manidos prejuicios anticatólicos sino también el complejo de inferioridad de algunos teólogos acerca de este controvertido «caso» y eso, con la serenidad y la capacidad de crear convicción que deben ser características del buen hacer científico.

A través de estas páginas se hace patente la urgencia de apologías de la fe cristiana en el ámbito de la historia; una tarea que sólo historiadores profesionales pueden afrontar, considerada la complejidad del método histórico, la cuantiosa prolijidad de fuentes a consultar y la necesidad de entrar en diálogo con las múltiples interpretaciones que ha producido y sigue produciendo la historiografía.

Bajo la pluma de Brandmüller, el caso Galileo aparece con la complejidad que es característica de todos los conflictos humanos: un carácter humano a la vez genial, irascible e imprudente; las intrigas de quienes se sintieron ofendidos por sus hirientes ironías; unas medidas disciplinarias que en su formulación, no hipotecaban la indefectibilidad de la fe de la Iglesia, pero tampoco se ajustaban a la prudencia, terciando en banderías la política científica. Quienes gobiernan la Iglesia son hombres y, por tanto, sus actuaciones pueden ser a veces desacertadas. Constatar esta realidad, lejos de empañar la fe de la Iglesia, la refuerza. Porque

creer en la Iglesia es creer que Dios asiste a la Iglesia para que enseñe y viva sin error la doctrina salvadora, para que guíe a los fieles a su salvación.

Como el Autor muestra convincentemente, las investigaciones científicas más importantes de Galileo tuvieron lugar después de su proceso; y tampoco dicho proceso paralizó el desarrollo floreciente de la astronomía de la Europa católica.

Por otra parte, la conducta de Galileo como científico, antes y después del proceso, es un exponente típico de la posibilidad, la necesidad y la fecundidad de sintetizar ciencia y fe, el conocimiento de la naturaleza, la ética y la orientación de la existencia hacia Dios. «Si hasta aquí —concluye el Autor— ha podido presentarse a Galileo Galilei como un símbolo del conflicto entre la ciencia y la fe, de ahora en adelante podrá invocarse su nombre como el más fiel exponente de la armonía entre ambas» (p. 184).

J. M. Otero

Ricardo GARCÍA-VILLOSLADA, *Ignacio de Loyola. Nueva Biografía*, La Ed. Católica («BAC Maior», 28), Madrid 1986, XIX + 1066 pp., 15 x 23,5.

El padre García Villoslada, profesor emérito de la Facultad de Historia eclesiástica de la Universidad Gregoriana, de Roma, comenzó este libro en junio de 1981 con el propósito de retocar y completar su anterior libro *Ignacio de Loyola, un español al servicio del Pontificado*, Zaragoza 1956; pero el resultado fue, no una nueva edición, la cuarta, sino una obra nueva. No hay que extrañarse de ello. Durante los 25 años que median entre 1956 y 1981 la bibliografía ignaciana se enriqueció con numerosos estudios que enfocaron al Santo

desde ángulos diversos, y con la edición de importantes documentos desconocidos, que irradian nueva luz, especialmente sobre la primera fase de la vida del protagonista, hasta su conversión.

Por otra parte, en ese intermedio, el A. profundizó todavía más en el conocimiento del siglo XVI, de que dan fe sus numerosos trabajos sobre Erasmo, Lutero, San Juan de Ávila, San Ignacio de Loyola, el concilio de Trento, el Renacimiento español, etc. Así en 1981 estaba mejor equipado para ofrecernos una visión más auténtica y completa de su héroe, situándolo en las corrientes espirituales y en los movimientos religiosos de su tiempo.

En el 500, en que abundan los gigantes del espíritu, Ignacio es uno de los más grandes e influyentes. Sus colosales dimensiones han producido, y siguen produciendo, pasmo. Esta es una palabra que aflora repetidas veces a la pluma del A., comenzando por la dedicatoria. Pasmó en no pocos estudiosos de San Ignacio. Pasmó en el propio García Villoslada, pese a su vieja familiaridad con el protagonista.

En el día de hoy —observa el A.— los historiadores no se cuidan tanto de retratar al hombre en sus actividades exteriores como en escudriñar el alma y describir su itinerario espiritual. Al A. le interesa todo: el hombre interior, que se consume en ardores místicos y en celo apostólico, y las empresas que lleva a cabo: fundación y organización de la Compañía de Jesús, composición del Libro de los Ejercicios espirituales, colegios, etc. A partir de la fundación de la Compañía, la biografía se confunde con la historia de la Orden, que en la primera generación atrae a personalidades de gran relieve, como Javier, Canisio, Borja, etc. Asistimos así a los avances de la Reforma Católi-